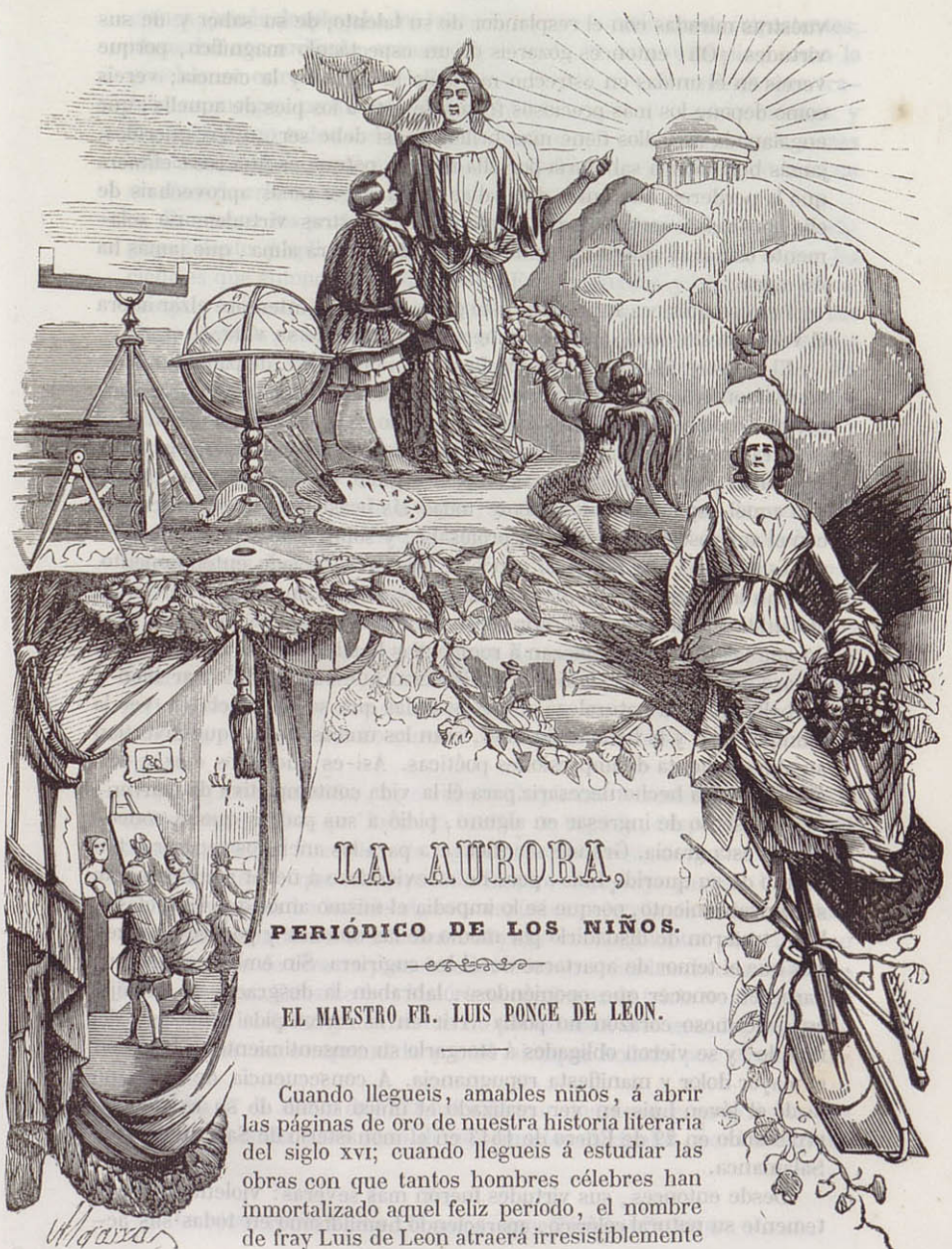




NÚMERO X.

4.º DE OCTUBRE DE 1851.

vuestras miradas con el resplandor de su talento, de su saber y de sus virtudes. ¡Oh! entonces gozareis de un espectáculo magnífico, porque vereis en él unidas en estrecho maridaje la virtud y la ciencia; vereis como depone los mas preciosos frutos de esta á los pies de aquella, que engalanada con ellos tiene mas brillo. Y así debe ser, niños queridos: jamás busqueis la sabiduría por ella misma, porque es una cosa efímera que la perdereis aun antes de acabar la vida; y si no os aprovechais de ella haciéndola servir para el aumento de vuestras virtudes, no solamente os habrá sido inútil, sino indigna de vuestra alma, que jamás ha de morir.

Pero yo quisiera anticiparos este goce, y por eso intentaré alzar ahora el velo que sin duda os oculta el hermoso cuadro de su vida.

El maestro Fr. Luis Ponce de Leon nació en 1527, de padres nobles, en Belmonte de Tajo, y no en Granada, como se habia creído, sin duda porque vivió en esta ciudad desde muy niño. Apenas entrado en la edad de la razon, abandonó los juegos propios de la infancia, y entregándose al estudio y prácticas religiosas, fué el orgullo y delicia de sus padres con aquel espiar cuidadosamente todas las ocasiones de complacerlos, con el amoroso respeto que les profesaba, y sobre todo, con las lisonjeras esperanzas que les hacia concebir con su despejado entendimiento. Corrian los años, y cada día se adornaba su alma con una nueva virtud: el estudio, la oracion y el retiro eran su constante ocupacion en la edad en que las pasiones empiezan á romper las ligaduras de la inocencia; el regazo de sus padres, la tierna satisfaccion que resulta de obrar bien y las bellezas de la naturaleza al través de las que se complacia en ver la omnipotencia y la bondad de Dios, eran los únicos objetos que divertian su alma sedienta de impresiones poéticas. Así es que á los diez y seis años se habia hecho necesaria para él la vida contemplativa de convento, y deseoso de ingresar en alguno, pidió á sus padres que le concediesen esta gracia. Grande sacrificio era para los ancianos separarse tan pronto de su querido Luis; pero no atreviéndose á negar rotundamente su consentimiento, porque se lo impedia el mismo amor que le profesaban, trataron de disuadirlo por medio de las muchas y poderosas razones que el temor de apartarse de él les sugiriera. Sin embargo, no tardaron en conocer que oponiéndose, labraban la desgracia de su hijo, cuyo hermoso corazon no podia vivir en la corrompida atmósfera del mundo, y se vieron obligados á otorgarle su consentimiento, si bien con el mayor dolor y manifiesta repugnancia. A consecuencia de esto, no tardó el jóven Luis en ver realizado el único sueño de su existencia, profesando en 29 de Enero de 1543 en el monasterio de San Agustín de Salamanca.

Desde entonces, sus virtudes fueron mas severas: violentaba fuertemente su natural colérico, apareciendo humildísimo en todas sus ac-

ciones; jamás desplegaba los labios sino para decir cosas importantes; abrazaba con ardiente entusiasmo la cruz de la penitencia, como lo prueban su estremada sobriedad en la comida y la dureza con que trataba su cuerpo, no durmiendo en cama la mayor parte de las noches; y finalmente, en todos sus momentos aspiraba á estrecharse mas y mas con la Divinidad, purificándose de los afectos terrenos que no cabian en su alma de cristiano y de poeta.

Enumerar los profundos conocimientos que adquirió con su prodigioso talento y aplicacion tenaz, seria hacer un catálogo de todas las ciencias que entonces se cultivaban. En las lenguas y literatura latina, griega y hebrea (1), de las que tomó el gusto que resplandece en sus obras poéticas, en jurisprudencia y en las ciencias eclesiásticas como las mas propias de su estado, fué brillantísimo y asombroso su saber. En cuanto á la elegancia, y armonía y magestad con que usó el idioma castellano, haciéndolo digno al par del latin, de tratar los mas abstractos y elevados asuntos, baste decir que es tenido por el predecesor del inmortal Cervantes.

Fué doctor en sagrada teología, y maestro en artes por la universidad de Salamanca; en la oposicion que hizo en 1561 á la cátedra de Santo Tomás de la misma, triunfó de siete opositores, y poco despues le cupo la honra de desempeñar la de prima de escritura: de modo que Fr. Luis de Leon fué ornamento de aquella célebre universidad, y es una de sus primeras glorias. La fama de tanto saber y virtud, le hizo blanco de las consultas, ya científicas, ya de casos de conciencia por parte de los sabios y aun de los príncipes; mas nunca, nunca la menor ráfaga de vanidad vino á oscurecer su carácter de sabio y de austero religioso.

Pero, amables niños, este universal aplauso tributado á su saber y eminentes virtudes que no pudo excitar su orgullo, despertó, como casi siempre sucede, la envidia de algunos que lo persiguieron con todo el encarnizamiento que es capaz de inspirar tan baja pasion. En todos tiempos y paises ha habido algunos espíritus, escoria de la humanidad, que abandonándose cobardemente al yugo de repugnantes pasiones, han servido como de rémora para detener á los grandes hombres en su brillante carrera. Estos hechos históricos confirman la triste verdad, de que el genio de la virtud y del talento no pertenece á este mundo, en donde raras veces es comprendido y casi siempre hollado por plantas inmundas.

El dia 27 de Marzo de 1572 fué inhumanamente arrancado de la soledad de su celda y del seno de sus amados discípulos, por los agentes

(1) Lo mismo que en la siria y la caldea, segun Francisco Pacheco.

del Santo Oficio, para ser encerrado en un calabozo y privado de la luz del día.

— Hé aquí su crimen.

Entre las disposiciones tomadas en aquel tiempo para impedir que el cisma protestante que hacia numerosos prosélitos en el Norte de Europa, se difundiese en España, y particularmente en Salamanca, centro de las ciencias, figuraba la prohibicion de trasladar á la lengua castellana los libros sagrados. Ahora bien: instado nuestro sábio agustino por un amigo que ignoraba el latín para que le tradujera *El Cantar de los Cantares* de Salomon, cedió, no sin exigirle antes el secreto y formal promesa de no usar de la traduccion mas que él solo. Pero como este amigo no cumpliera estrictamente su palabra, llegó muy pronto el hecho á noticia de los poderosos enemigos de Fr. Luis, que denunciándolo al tribunal de la Inquisicion, le presentaron como un hereje relacionado con los de Alemania.

Ahora considerad, amables niños, cuán ilusoria es la justicia del mundo y aprovechad la leccion.

Luego seguidme á su cárcel, que mucho ha de ganar su buena fama en ello, y tambien alli nos esperan útiles lecciones. A nada mejor que á un sepulcro podia ser comparada aquella horrible mansion, por su angostura, por lo húmedo y tosco de su pavimento y paredes, y por la completa ausencia de la luz del día, reemplazada por la amortiguadísima de una lámpara, que rompiendo apenas la oscuridad, aumentaba el horror del sitio. Allí está, pues, Fr. Luis privado de sus amigos, de sus discípulos, de sus hermanos de religion: alli está aquel sublime y divino vate acostumbrado á cantar con estro bíblico las alabanzas del Altísimo á la vista del sol, del cielo y de la campiña; acostumbrado á reproducir en sus versos el susurro de las fuentes, los suspiros del céfiro al deslizarse entre las hojas de los árboles, y á retratar la pureza y serenidad del aire ó al ígneo rayo llenando el espacio con su pavoroso estruendo; en una palabra, alli está privado de sus mas caras afecciones como hombre y como poeta.

Vedle escribiendo sobre una mesa. Su estatura es pequeña, bien proporcionada; su cabeza grande, y el cerquillo poblado y cespó; su cara redonda y de color triguño; sus ojos espresivos. Detengámonos á leer lo que pasa en su interior, observando la espresion de su semblante. Nótase en él la profunda calma, la resignacion completa propias de aquellos hombres que nada esperan, que nada quieren del mundo, y que solo el pincel de Zurbarán ha sabido interpretar dignamente; nada tiene de risueño, pero la dulzura y humildad que en su corazon rebosa, se pintan en él no menos claramente que la alegría que reina en su espíritu.

¡La alegría! direis, ¿cómo es posible en un ser tan perseguido por

la desgracia?—No hay desgracia, amable s niños, para un alma cris-
tiana.



FR. LUIS PONCE DE LEÓN.

Acerquémonos á su mesa y veamos lo que escribe. Es una poesía que empieza :

«Virgen, que el sol, mas pura»

Este es el primer verso de una tiernísima canción que compone en

la cárcel para pedir á la Reina de las vírgenes el consuelo que los hombres le niegan. Solamente Fr. Luis de Leon que ardía en amor hácia tan escelsa princesa, podía rogarla y dirigirla la palabra de un modo tan dulce, que llegara á confundirse con los suavísimos cánticos de los ángeles. Y esta misma Señora que no niega muchas veces sus favores á los ingratos, ¿cómo no habia de colmar de bendiciones aquel corazon que tantas veces se habia confesado esclavo suyo, y que era entonces del número de los perseguidos? Sí, no hay duda; y esta y no otra era la causa de su admirable alegría y serenidad de ánimo en tan tristísima situacion; alegría y serenidad que, segun él mismo dice, no pudo alcanzar con mucha frecuencia despues de restituido al goce de todos sus derechos. Asi es como durante su encarcelamiento pudo acabar con tanta perfeccion *Los Nombres de Cristo*, obra muy notable y de cuya dedicatoria copiaré algunas líneas para que veais, amables niños, cuanta utilidad sabia sacar de sus desgracias. «Porque aunque son muchos, decia, los trabajos que me tienen cercado, pero el favor largo del cielo que Dios, padre verdadero de los agraviados, sin merecerlo me da, y el testimonio de la conciencia en medio de todos ellos, han serenado mi ánimo con tanta paz, que no solo en la enmienda de mis costumbres sino tambien en el negocio y conocimiento de la verdad veo agora y puedo hacer lo que antes no hacia. Y háme convertido el trabajo el Señor en mi luz y salud. Y con las manos de los que me pretendian dañar, ha sacado mi bien.» Fr. Luis de Leon, pues, no necesitaba mas que de esta dura prueba para apartar enteramente sus ojos de este miserable mundo y fijarlos para siempre en las moradas celestiales, á las que con tanto ardor aspiraba desde su niñez.

Asi vivió, hasta que habiéndosele formado causa en 1576, esto es, despues de cinco años de prision, salió absuelto y recobró su libertad, no sin ser antes condenado al tormento, que no consta sufriese. Son hechos que no necesitan comentarios para poner en claro la infame perversidad de sus émulos y detractores.

Vuelto á la estimacion de todos y al seno de sus amados discípulos, el sentimiento de la venganza era el primero que debia apoderarse de él si su alma fuera un alma vulgar; pero el virtuoso agustino al hallarse otra vez en su cátedra ante el numeroso concurso que iba á oír sus lecciones, imponiendo silencio á las quejas de todos, empezaba la leccion con las siguientes admirables palabras: «*Decíamos ayer.....*»

¡Qué grande es el corazon que perdona! ¡Qué hermosa es la virtud hija del cielo, reflejo de su gloria! Venid aqui todos los que correis desalados tras los placeres del mundo, placeres que son humo, vanidad, miseria..... ¿Hay nada que pueda compararse con ella? Si no comprendéis su dulzura, su grandeza, ¡desgraciados de vosotros que no podreis ser felices en esta vida, ni tendreis probabilidades de serlo en la otra!

El resto de su vida correspondió dignamente á los buenos principios de su juventud. Encargáronle sus hermanos de religion, en el capítulo celebrado en Toledo de 1588, la formacion de unas constituciones para los religiosos recoletos de San Agustin, y en 1591 le nombraron Vicario general de la provincia de Castilla. Los honores y altos destinos á que su saber y virtudes le hacian acreedor, vinieron mas de una vez á turbarle algun tanto en su escondida soledad; pero todo lo renunció su ánimo fuerte, y su vida se deslizó pura hasta bajar al sepulcro. Llególe este momento en la villa de Madrigal el dia 24 de agosto de 1595, cuando se le acababa de nombrar Provincial de su orden.

Como escritor, el nombre de Fr. Luis de Leon es una esplendente gloria para la literatura española. Comentó en latin algunos libros sagrados, y en prosa castellana escribió *Los Nombres de Cristo*, *La Perfecta Casada*, *La exposicion del libro de Job*, y por fin *El perfecto predicador*, obra que lastimosamente se ha perdido. Sus composiciones poéticas lo colocan en un sitio eminente del parnaso español. Casi todas son fruto de la inspiracion moral ó religiosa; de modo, que siendo tales asuntos su elemento favorito, no necesitaba poner en tortura su ingénio para expresarse con naturalidad, sencillez y sublimidad.

Copiaré algunos trozos de sus poesías que confirmen lo que acabo de decir, y lo haré, ya por respeto á su memoria, ya porque os conviene adquirir gusto por las bellezas poéticas.

Su oda á la *Ascension del Señor*, es tenida por una obra maestra de poesía religiosa. Figuraos al poeta que yendo hácia Jesucristo con los brazos abiertos le apostrofa en estos términos:

¿Y dejas, pastor santo,
 Tu grey en este valle hondo, oscuro,
 Con soledad y llanto,
 Y tú rompiendo el puro
 Aire te vas al inmortal seguro?
 Los antes bienhadados,
 Y los agora tristes y afligidos,
 A tus pechos criados,
 De tí desposeidos
 ¿A dó convertirán ya sus sentidos?
 ¿Qué mirarán los ojos
 Que vieron de tu rostro la hermosura,
 Que no les sea enojos?
 Quién oyó tu dulzura,
 ¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
 ¿Aqueste mar turbado
 Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto

Al viento fiero airado?
 ¿Estando tú cubierto
 Qué norte guiará la nave al puerto?
 ¡Ay! nube envidiosa
 Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
 ¿Dó vuelas presurosa?
 ¡Cuán rica tú te alejas!
 ¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

La oda moral titulada la *Vida del campo*, es un tesoro de armonía y la exacta expresion de la sencillez y pureza del alma del poeta. Siento no poder insertarla íntegra por su demasiada extension, pero procuraré darla á conocer, si bien con la mayor brevedad. Asi empieza:

¡Qué descansada vida
 La del que huye el mundanal ruido,
 Y sigue la escondida
 Senda por donde han ido
 Los pocos sábios que en el mundo han sido!

En su delicioso retiro nada desea, y por consiguiente nada le inquieta; y al recordar las *ansias vivas*, el *mortal cuidado* que agita á los que van en pos de los honores y nombradía, exclama:

¡Oh monte! ¡oh fuente! ¡oh rio!
 ¡Oh secreto seguro, deleitoso!
 Roto casi el navío,
 A vuestro almo reposo
 Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Las aves quiere que le dispierten de su sueño libre de vanos cuidados: anhela vivir,

Libre de amor, de celo,
 De ódio, de esperanza, de recelo.

Deléitase luego en describir su huerto y el arroyuelo que lo atraviesa con torcido curso dejando tras sí flores sin cuento. Luego sigue:

El aire el huerto orea
 Y ofrece mil olores al sentido;
 Los árboles menean
 Con su manso ruido
 Que del oro y del cetro pone olvido,

Despues de tanta dicha, tan fácilmente lograda, ¿cómo ha de codiciar el oro hasta el punto de atravesar procelosos mares por adquirirlo? A él una mesa pobre en manjares, rica en paz, le basta: no ambiciona el mando, y no quiere mas ocupacion que el cultivo de la dulce poesia.

Pero si Fr. Luis de Leon es gran poeta cuando transportado á las regiones celestiales nos repite los himnos que alli se cantan con la misma dulzura, sencillez y magestad, no es menos digno de elogio en el género heróico. En la *Profecía del Tajo*, por ejemplo, personifica al rio que con terrible acento acusa al rey Rodrigo por el ocio y la molicie á que se ha entregado mientras se aprestan contra él y su reino poderosos enemigos, y le pinta asi los males que han de originar sus fatales vicios.

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales.

Véase como pone ante su vista con enérgicas imágenes la muchedumbre de enemigos que van á caer sobre él.

Cubre la gente el suelo;
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el dia y le oscurece.

Con tanta velocidad caminan, que

..... encienden

Los mares espumosos por do hienden.

El peligro es inminente, y el rio se apresura á proponerle el remedio.

Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No des paz á la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

El indigno rey no se conmueve á la consideracion de la mucha sangre que será derramada por su culpable inaccion, y entonces el rio desalentado exclama con tono melancólico y lanzando un quejido lastimero:

El furibundo Marte

Cinco veces las haces desordena

Igual á cada parte,

La sesta ¡ay! te condena

¡Oh cara patria!... á bárbara cadena.

Son muy dignas de copiarse las dos estrofas siguientes tomadas de la oda que dedica á Felipe Ruiz.

¿No ves cuando acontece

Turbarse el aire todo en el verano,

El día se ennegrece,

Sopla el gállego insano

Y sube hasta el cielo el polvo vano?

Y entre las nubes mueve

Su carro, Dios, ligero y reluciente:

Horrible son conmueve,

Relumbra fuego ardiente,

Treme la tierra, humíllase la gente.

No dejaré de consignar la alta idea que tan gran maestro abrigaba de la poesía, para hacer ver que despues de tantos años y tantas discusiones, nada de nuevo han añadido acerca de tan interesante materia los sábios de nuestros tiempos. He aqui algunas líneas sacadas del excelente párrafo de *Los Nombres de Cristo*, en que trata de que el asunto poético debe ser elevado y grande. «Porque es solo digno sujeto de la poesía; y los que la sacan de él y forzándola la emplean, ó por mejor decir, la pierden en argumentos de liviandad, habian de ser castigados como públicos corrompedores de las cosas santísimas, de la poesía y de las costumbres. La poesía corrompen, porque sin duda la inspiró Dios en el ánimo de los hombres, para con el movimiento y espíritu de ella levantarlos al cielo de donde ella procede. Porque poesía no es sino una comunicacion del aliento celestial y divino.»

Por fin, el maestro Fr. Luis vivió en este mundo la vida del peregrino, trabajando incesantemente por llegar á su término, que es el cielo, y sin apartar un momento sus ojos de él: he aqui el secreto de sus virtudes. La misma via teneis abierta, niños queridos.

V. C. y P.

GIBRALTAR.

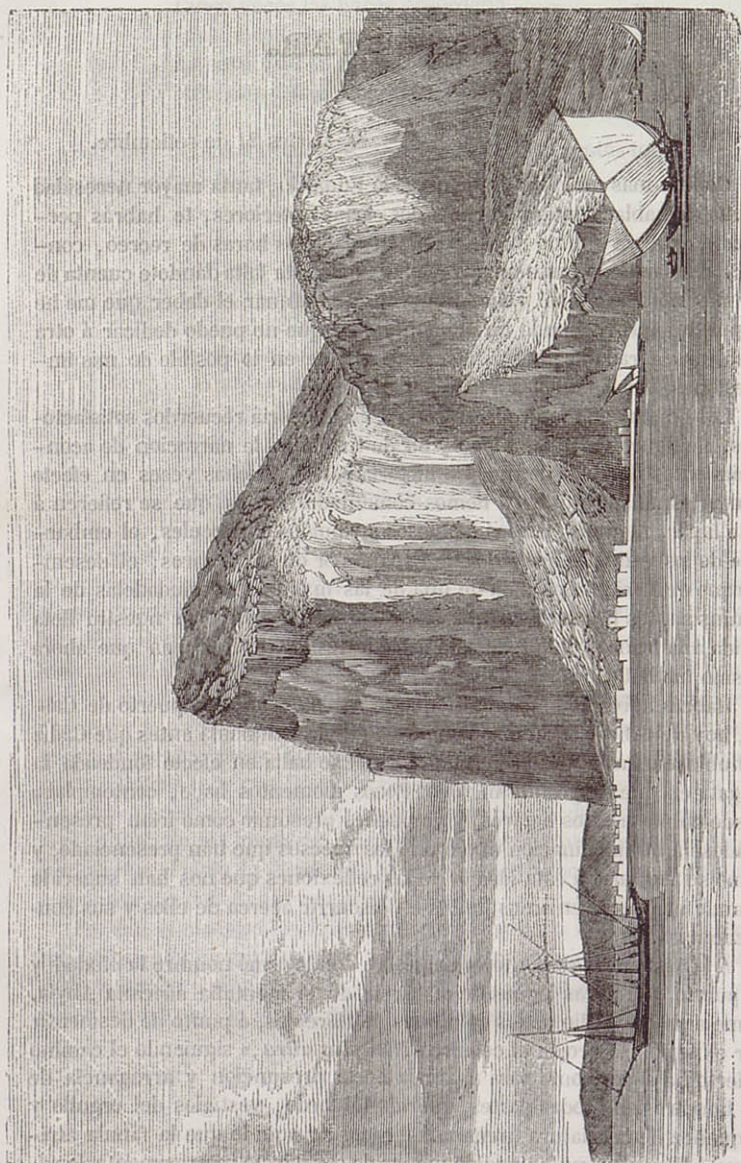
Martes 21 de setiembre.

Cuanto mas me alejo de tí, querido Eduardo, tanta mayor necesidad siento de hablar contigo. Por mis dos cartas anteriores, te habrás persuadido que ya que no pueda pasar á tu lado las horas de recreo, conversando como de costumbre, procuro suplir esta falta dándote cuenta de lo mas notable de mi viaje. Hoy voy á continuar el deber que me he impuesto, aprovechando un momento libre que no puedo dedicar á otra cosa mas agradable que á hacerte partícipe en lo posible de mis impresiones, trasladándolas á este papel.

Los objetos que me rodean traen á mi memoria recuerdos satisfactorios. Me figuro verte á mi lado y oir de tus lábios la narracion de acontecimientos notables de nuestra historia patria. Muchas veces en efecto hemos estudiado juntos y hemos comentado hechos que se refieren á este lugar. Algunos sucesos fabulosos atribuidos á Hércules, el embarque de los vándalos arrojados de España por otros bárbaros, el desembarque de Taric, la pérdida de una de las mas fuertes ciudadelas de la Península, los heroicos cuanto desgraciados esfuerzos de nuestra flota unida á la francesa; de todo esto ha sido testigo el lugar en que ahora mismo me hallo.

Habrás adivinado fácilmente que te hablo del antiguo puerto de Calpe, hoy de Gibraltar, el mas concurrido de la Península antes que Cádiz le hubiese usurpado la preferencia. En él se halla en efecto fondeada la fragata en que emprendí mi viaje. Pocos momentos hace, contemplaba desde cubierta estos lugares, y ya puedes presumir cómo irian presentándose á mi imaginacion uno á uno los sucesos que han presenciado, y cómo se asociaria á esta idea la de las reflexiones que nos han sugerido cuando nos entreteniamos juntos en discurrir acerca de ellos y sus consecuencias.

A la vista del promontorio Calpe, de donde tomó nombre la ciudad y el puerto, y á pocas leguas de distancia de la montaña africana Abyla, héme aquí en medio de las columnas de Hércules, á punto de desmentir por experiencia propia el célebre *«Non plus ultra,»* siguiendo el camino abierto ha siglos como para abatir la necia presuncion y arrogancia de los hombres. En todas partes, querido Eduardo, vestigios del orgullo y pequeñez de la criatura humana. Al recordar aquí lo que la fábula atribuye á Hércules, no he podido menos de sonreirme interiormente de admiracion y lástima á la vez. Si ha existido este hombre de la antigüedad



GIBRALTAR.

y son ciertos los hechos que de él se refieren, ha sido ciertamente un héroe, pero también un ejemplo palpable de nuestro loco desvarío en querer elevarnos mas allá de lo que alcanzan nuestras facultades.

En lo que no puedo pensar sin sentimiento, es en que estoy tocando las costas de España y me hallo en país extranjero. No puedo apartar de mi memoria los años 1704 y 1782, recuerdo el primero de la ocupacion de esta roca inexpugnable por los ingleses, y el segundo del desastre sufrido por las flotas española é inglesa, estrelladas contra ella como si hubiesen chocado en un muro de diamante. Al recordar tales acontecimientos y otros anteriores, no parece sino que estas aguas se oponen á la grandeza y esplendor de la monarquía española, envidiosas de que extendiese su poderío á otras comarcas.

El nombre de Gibraltar, como sabes bien, reemplazó al antiguo de Calpe, desde la invasion sarracena. Taric enarboló el primero el estandarte del Profeta en este promontorio, y la llamó Gebel-Taric (montaña de Taric), de donde por corrupcion se deriva Gibraltar. Este nombre, como el antiguo, se aplica al promontorio, á la ciudad y al puerto, y conservándose hasta el día, lleva consigo la idea de la invasion de los árabes, que cualesquiera que hayan sido sus consecuencias, no es por cierto muy gloriosa para los españoles.

El peñon de Gibraltar es una roca escarpada, de que tendrás idea por el dibujo que con este objeto he hecho para tí. Forma la parte mas austral de Europa y está unida al continente por una lengua de tierra arenisca, sumamente baja. En la cima del peñon, hácia la parte occidental, habitan y se multiplican multitud de monos del género *magot*, siendo esta la única comarca de Europa donde se hallan semejantes animales.

He hecho una escursion con algunos compañeros de viaje y he tenido ocasion de gozar de la agradable é imponente perspectiva que se ofrece á la vista desde lo alto de la roca. Mirando de frente se descubre en lontananza la costa de Africa con la plaza de Ceuta y la montaña de los monos (Abyla). Por la parte de España, fijando la vista en la bahía y despues en San Roque y sus abandonadas fortificaciones, se distinguen de distancia en distancia á lo largo de la costa diferentes torres arruinadas, construidas en otro tiempo para defender el país de los ataques de los moros.

La antigua ciudad estaba situada al oeste de la bahía, en el sitio que ahora ocupa Algeciras. Despues de la expulsion completa de los moros, fundóse la que actualmente lleva el nombre de Gibraltar, en el flanco mismo de la montaña, formando anfiteatro. Los españoles la fortificaron convirtiéndola en una ciudadela terrible, pero los ingleses la han hecho mas fuerte todavía. Seiscientos cañones del calibre de 36 á 48 erizan los flancos de una roca de mas de cuatrocientos pies de altura. Gibraltar

puede considerarse como inexpugnable en toda la estension de la palabra, pues no existe en el mundo otra plaza en que la naturaleza y el arte hayan reunido medios de defensa tan formidables.

Gibraltar, por tanto como plaza de guerra y como ciudad comercial, es de grande importancia para los ingleses. La poblacion asciende á unos 15,000 habitantes, españoles y judíos en su mayor parte. Los edificios públicos y las casas particulares, lo mismo que las calles y paseos, presentan un aspecto agradable por su aseo, lo mismo que por los árboles que se ven en todas partes, como para preservar á sus habitantes de los ardores del sol.

Basta por hoy, querido Eduardo, pues vamos á continuar nuestra ruta. Siento dejar la pluma, porque no sé cuando he de poder dirigirte otra carta. No pasará sin embargo un solo día sin dedicarte algunos renglones que mas pronto ó mas tarde llegarán á tus manos. Tanto el deseo de complacerte, cuanto la satisfaccion de comunicarme contigo, ya que no pueda hallarme á tu lado, no me dejarán olvidar un solo instante el compromiso que he contraído á nuestra despedida.

C.

UN HEROE.

Un misionero de la América del norte, el P. Laverlochere, contaba últimamente, con las lágrimas en los ojos, el rasgo siguiente:

«Hace algunos dias, decia, predicaba en una ciudad del Mediodia á un numeroso auditorio: un niño de seis á siete años habia atraido mi atencion por su piadosa actitud. ¡Pero cuál no fue mi sorpresa al verle llorar amargamente al oir la narracion de los grandes males que agobian á los míseros salvajes confiados á mi solícito cuidado! Mirábame con admiracion, y parecia envidiarme la felicidad de una vida consagrada enteramente á Dios. Cuando hube dicho que los salvajes se comian unos á otros y que en una de mis misiones habia visto á un hombre matar y comer nueve personas; que una jóven habia asesinado su madre, su padre y á otros cuatro miembros de la familia, y que fue descubierta al comenzar á comer la espalda de su padre, el pobre niño prorumpió en sollozos, sin dejar por eso de escucharme con la mas viva atencion. Terminé mi sermón exhortando, suplicando á los concurrentes se asociaran á la admirable obra de propagar la fé, á fin de enviar muchos misioneros á los paises salvajes para que iluminen estos miserables antropófagos, que solo el conocimiento de Dios puede hacer cambiar. Añadí que aquel hombre y aquella jóven de que acababa de hablar, se habian convertido luego en dos criaturas admirables por su santidad, y me bajé

del púlpito con el disgusto de no haber podido abrazar aquel niño que tan profundamente me habia conmovido. Tres dias despues, vile entrar en la sacristía donde estaba arrodillado dando gracias al Omnipotente, pues acababa de decir misa. Acompañábase un hombre que me dijo:

¡Oh padre mio! nos habeis dicho cosas tan admirables el otro dia, que voy á deciros una que me avergüenza y alegra al propio tiempo: al volver Pedro de la iglesia, me ha suplicado le asocie á la propagacion de la fé.—Dejadme en paz, le repliqué.—Pero papá, eso no cuesta apenas nada: el padre dijo que era suficiente un cuarto cada semana.—Aunque fuera suficiente uno para cada tres meses, no te lo daria.—Si hubiéseis oido el sermón, hubiérais llorado; os lo ruego, papá; no me lo refuseis.—Déjame en paz, te repito; ¿no necesito pensar primero en darte pan?—Papá, un cuarto cada semana.—Te prohibo hablarme mas de esto, le repliqué colérico; gana tu vida y harás lo que quieras; pero en el interin, déjame en paz con tus curas y tus salvajes.—Sí, esto dije. El pobre niño callóse, pero tomó un aire de tristeza, que me daba lástima. Por la noche comió algo menos que de costumbre; al dia siguiente noté lo mismo en sus tres comidas, y ayer lo propio. ¿Estás malo?—No, papá.—¿Por qué comes menos que de costumbre, hace dos dias?—Por nada.—Quiero saberlo, y no debes mentir.—Es que, papá, mirad, es porque..... es.....—Vamos, despáchate, concluye.—Vos me digísteis el otro dia que no podias afiliarme en la propaganda de la fe porque era necesario ante todo darme pan, y entonces.....—¡Concluye!—Y bien, papá, me dijo, pensé que comiendo menos cada dia no tendríais razon para negarme un cuarto cada semana. No me riñais; los salvajes son tan desgraciados; el padre me lo hizo ver tan á lo vivo; ¡que no lo hubiérais oido, papá! No solo hubiérais dado un cuarto por mí, sino tambien otro por vos y por mamá.—Hé aqui, padre mio, lo que este niño hizo despues de haberos oido. Yo le abracé diciéndole: acabas de darme una leccion bastante dura, pero no será inútil; ven conmigo al instante: quiero hacerte feliz porque lo mereces, querido hijo. Es necesario, me dijo, reunir diez personas para tener derecho al libro en que se cuenta cuanto hacen los misioneros. Tomad, padre mio; aqui teneis veinte y seis francos (1) para una docena; yo me encargo de reunirlos aqui con facilidad, y toda mi vida perteneceré á la propaganda de la fé.»

(1) Una peseta menos dos cuartos cada uno.



ISLA NAALSOE (DE LA AGUJA.)



CAZA DE LAS AVES MARÍTIMAS.

Al norte de las islas británicas, entre las de Shetland y la Islandia, hállase el archipiélago de Feroe, perteneciente á Dinamarca. Las islas de corta extension, que forman este archipiélago, están ordinariamente terminadas por altas y escarpadas rocas que se elevan como murallas del fondo de las aguas del mar. Durante el verano se pueblan de aves marítimas que van á poner sus huevos en los nidos que construyen en las mismas rocas.

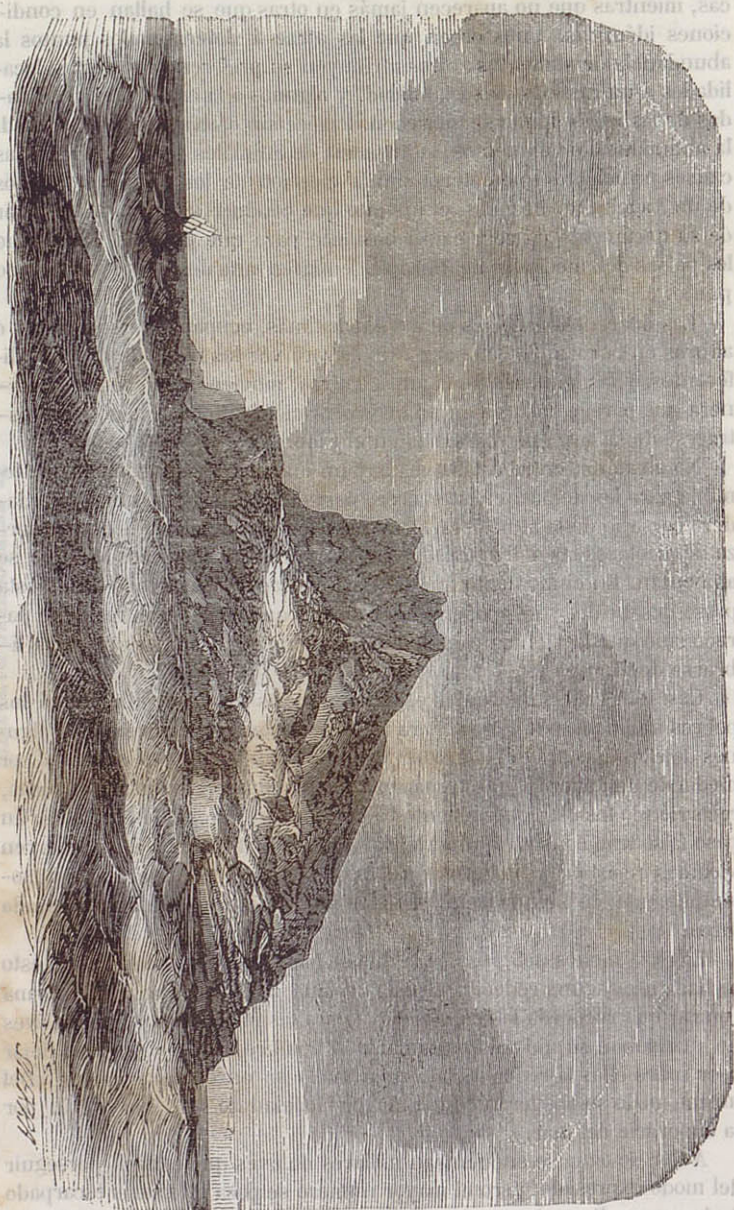
Una de las islas del archipiélago, aunque no la mas importante por su extension, se llama Naalsole. Es tan baja hácia su tercio septentrional, que parece dividida en dos partes, reunidas por una lengua de tierra tan estrecha, que la atraviesan las olas en las grandes tempestades. En la extremidad meridional se abre una caverna que pueden atravesar los barcos cuando el mar está en calma, de donde le viene el nombre de Naalsole ó isla de las Agujas.

A esta isla pertenece la roca representada en el primer dibujo de este artículo. Sin verla, no puede formarse idea fácilmente de esta roca, que como á todas las de su clase se denomina Vogelberg (montaña de las aves). Imagínese una roca negra, compuesta de escalones ó asientos horizontales, elevada 1,400 ó 1,800 pies sobre el mar, cuyas olas se estrellan en la base. Durante las tempestades, salta el agua á mas de 40 pies de altura sobre ella, cayendo luego por sus paredes verticales como una inmensa cascada; pero en tiempo de calma, cuando ondula suavemente el mar, jugueteando alrededor de los escollos, pueden aproximarse los barcos hasta la roca, donde se ofrece á la vista un espectáculo singular: allí se ven millares de aves unas junto á otras á lo largo de los descansos ó cornisas, las hembras en sus nidos y revoloteando los machos á su alrededor á corta distancia.

Un teatro, un circo, una plaza de toros llena de espectadores, no pueden dar sino una débil idea del prodigioso número de aves colocadas allí simétricamente con la cabeza vuelta constantemente hácia el mar. La presencia del hombre no las asusta, y el ruido de un tiro no hace mover sino á los machos, pues las hembras permanecen en el nido hasta dejarse coger con frecuencia en él.

Es de notar que estas aves se reúnen por lo comun en ciertas comar-

ISLA NAALSOE.



cas, mientras que no aparecen jamás en otras que se hallan en condiciones idénticas. Unos creen que las atrae á determinados puntos la abundancia de alimentos; otros atribuyen su preferencia á ciertas localidades á un instinto de sociabilidad, y algunos á la esposicion y cabida—des de las rocas donde se guarecen. Parece sin embargo que la soledad, la abundancia de alimentos, la ausencia de animales carnívoros, son las causas principales que determinan la eleccion de los primeros colonos de un Vogelberg. Despues, el instinto que conduce á estas aves al lugar de su nacimiento, parece causa bastante para que dejando en verano los paises del mediodia de Europa, emigren anualmente á un mismo punto.

Las diferentes especies de aves marítimas, ocupan diversos rangos ó alturas en la roca. Sin embargo, no es raro ver los nidos de especies diferentes, y las hembras unas junto á otras, moviendo su cabeza de manera que parece hallarse en una conversacion animada, como para distraerse de su larga permanencia en el nido.

No obstante, entre estas aves hay un enemigo mas incómodo que temible para las demás: el estercorero parásito (*Lestris parasítica*), verdadero corsario de la atmósfera, persigue á las mas débiles que él, y á fuerza de picotazos las obliga á provocar los peces y crustáceos de que se alimentan. En el momento que los dejan escapar, se arroja sobre esta presa desabrida, y se apodera de ella antes que caiga en el mar. No parece sino que la víctima paga tributo á un mendigo importuno para librarse de él.

Casi todas estas diferentes especies de aves sirven de alimento á los pobres habitantes de Ferae. Para la caza emplean varios métodos, algunos de ellos con grave peligro de la vida. Lo mismo se suspenden por medio de una cuerda, que trepan por las paredes verticales de las rocas, recorriendo los estrechos asientos ó cornisas en que anidan las aves. Un paso falso trae consigo la muerte sin remedio. Todos los años ocurren víctimas de esta caza peligrosa; así es que los cazadores se despiden solemnemente de sus padres y amigos antes de empezar su arriesgada tarea.

La caza menos peligrosa es la que se hace desde los barcos. Para esto se hace uso de una redecilla de hilo de lana bastante fuerte, de forma cónica, que recuerda la red que sirve para las mariposas. Como las aves no abandonan su nido al aproximarse el hombre, no hay mas que dejar caer sobre ellas la redecilla, en cuya malla se enredan la cabeza. Del mismo modo se apoderan con la mayor facilidad de las que vuelan por la superficie del mar.

A flor de agua se encuentran millares de aves que es fácil perseguir del modo expresado; pero el mayor número se posa en lo mas escarpado de las rocas. Para alcanzarlas, se reúnen cuatro cazadores: uno de ellos

EL ESTERCORERO PARÁSITO.



con una percha larga, terminada por una plancha horizontal, eleva á otro hasta el nivel de la cornisa, y este hace lo mismo con su compañero por medio de una cuerda. Cogen las aves en el nido ó al vuelo, por medio de la redeilla, las matan y las arrojan á los otros dos que les aguardan con la barca al pié de la roca. Así pasan de cornisa en cornisa, y al cabo de algunas horas reúnen centenares de aves.

En fin, el método mas provechoso, pero tambien el mas arriesgado de todos, es el siguiente. Provistos los cazadores de una cuerda ó cable grueso y fuerte, atan una especie de silla en el extremo, y entre seis bajan por la roca al cazador. Para que no rompa la cuerda el roce con la roca, la separan por medio de una viga fija en el borde del precipicio. El cazador, que necesita grande habilidad para impedir que se tuerza la cuerda, lleva en la mano otra mas delgada, la cual le sirve para comunicarse por medio de signos convencionales con sus compañeros, que luego le pierden de vista. Al llegar á una cornisa, salta, amarra la cuerda á la roca, y mata grande número de aves, cogiéndolas con la mano en los nidos, ó al vuelo con la red. Ve una caverna ó una cornisa que no puede alcanzar y donde posan muchas aves, y comunica á la cuerda un movimiento de oscilacion que le hace llegar al punto que quiere explorar, distante á veces hasta cien pies. Luego le suben sus compañeros del mismo modo que le han suspendido.

Los peligros de esta caza son fáciles de comprender. Puede romperse la cuerda rozando con rocas cortantes; puede desprenderse una piedra y caer sobre el desgraciado suspendido entre el cielo y el mar; por medio de las oscilaciones que imprime á la cuerda, puede chocar fuertemente contra una roca saliente; puede en fin perder el equilibrio recorriendo aquellas estrechas cornisas, y por cualquiera de estas causas va á estrellarse contra las rocas ó á ahogarse en el mar. Pero en aquellos climas donde apenas llega á sazón la cebada, arriesga el hombre su vida en busca de un alimento cuyo olor y sabor escitaría la delicadeza de nuestro apetito.

M. P.



Temor filial; sumision; obediencia.

Pues que amamos á nuestros padres, debemos temer disgustarles, es decir, debemos temerles.

Temer á nuestros padres es evitar con cuidado todo lo que puede causarles disgusto, es arreglar nuestras acciones y palabras de manera que sean siempre dignas de su aprobacion.

Asi el temor del hijo no es el temor del esclavo. El esclavo teme el castigo que puede imponerle su señor; y el hijo teme el descontento que puede causar á sus padres.

En esto consiste el temor filial: este temor, no solo se concilia perfectamente con el amor y la ternura, sino que es inseparable de ella, porque el que ama sinceramente á sus padres, tiembla afligirles.

Si nuestros padres son demasiado indulgentes con nosotros, no debemos abusar de su indulgencia; y si están dispuestos á dispensar nuestras faltas, no debemos por esto dejar de temerles. Por el contrario, la demasiada indulgencia, que proviene de su gran bondad, debe ser para nosotros un nuevo motivo de evitar todo lo que puede causarles disgusto.

Es menester por tanto ser sumiso.

Ser sumiso á los padres es conformarse á su voluntad sin murmurar, antes bien con placer.

El niño debe oír y sufrir con docilidad y ternura cuanto viene de sus padres: consejos, exhortaciones, advertencias, reprensiones y castigos.

La severidad de los padres para con sus hijos es una prueba de su amor; están encargados de dirigirles por el buen camino: este es un deber y un derecho suyo. La naturaleza, la patria y la religion les imponen este deber; justo es pues someterse sin reserva á su voluntad.

Es preciso oír sus reprensiones con corazon dócil; no diré sin orgullo é insolencia, porque es evidente, que el hijo que se mostrase orgulloso ó insolente para con sus padres, seria digno del mas profundo desprecio y del mas severo castigo.

No debe responderse á las reprensiones sino con la sincera promesa de no volver á merecerlas. Es menester en esta parte una resolucion firme y duradera. No basta decir: «no lo haré mas,» sino no hacerlo.

Los padres se ven frecuentemente obligados á castigar á sus hijos. Cuando los castigan lo hacen por su bien y por efecto de la ternura de que están animados. Si no emplean todos los medios que están en su

poder para corregirlos, será una prueba de que no los aman como deben. El niño pues á quien castigan sus padres, no debe buscar medios de sustraerse del castigo; no debe irritarse contra ellos, ni dudar de su ternura, sino que debe ver en el castigo una nueva prueba de amor, y recibirla con resignacion y con resolucion firme de no hacerse acreedor á ella otra vez.

El castigo no debe afligir al niño por la pena que le causa, sino por el disgusto que ha producido á sus padres, y el dolor que experimentan cuando se ven precisados á castigarle.

Debe hacer todos los esfuerzos posibles por ahorrarse este dolor; y cuando por desgracia no lo ha conseguido, y los padres le castigan por su bien, debe darles gracias como de un nuevo beneficio.

El niño que teme á sus padres y les está siempre sumiso, ya es obediente, es decir, que ejecuta todo lo que sus padres le ordenan, y que evita todo lo que le prohíben.

No basta obedecer exactamente; es preciso obedecer con gusto, es decir, que no basta someterse á los mandatos de los padres con repugnancia, sino que deben considerarse como buenos, justos y sábios, y conformarse á ellos con placer. Porque los padres en sus mandatos y prohibiciones obran por la ternura que nos profesan y por nuestro interés bien entendido.

Como debemos tener una satisfaccion en la obediencia á nuestros padres, debemos manifestar esta satisfaccion por la prontitud y buena voluntad con que ejecutamos lo que se nos prescribe.

El niño que ejecuta lentamente lo que se le manda, que obliga á repetir dos ó tres veces las órdenes que se le dan y que manifiesta mal humor al cumplirlas, es un ser muy desagradable: da motivo á dudar si tiene buen corazon.

La obediencia debe ser completa, es decir, debe obedecer á los padres en todo y por todo, lo mismo en las cosas ligeras que en las mas importantes.

Porque, propiamente hablando, no hay desobediencia ligera. La desobediencia es un gran mal por sí misma cuando es reflexiva, y siempre es culpable por poco importante que sea el objeto; solo tiene excusa cuando procede de olvido ó descuido.

Pero el olvido y el descuido es una falta que debemos tambien evitar.

La desobediencia acarrea al niño consecuencias funestas. No puede juzgar bien de las cosas; no sabe lo que es bueno ó malo, ni lo que es útil ó peligroso; no sabe prever las consecuencias de sus acciones. Los padres, por el contrario, tienen prudencia y razon; saben lo que puede serles útil ó nocivo en el presente y el porvenir. Conocen las consecuencias buenas ó malas de lo que hacen. A ellos toca dirigirlos constantemente; á él someterse á sus órdenes sin reserva y sin pedir explicacio-

nes. Ellos no deben darle esta explicacion, y él acaso no la comprenderia.

Siempre que los padres ordenan ó prohiben alguna cosa á sus hijos, lo hacen por el bien de estos, que deben persuadirse que es un mal lo que se les prohíbe, aunque no lo comprendan, y debe abstenerse de ejecutarlo con religioso cuidado.

Hay niños que sin desobedecer directamente inventan excusas para no conformarse á la voluntad de sus padres. Esto es lo que se llama *eludir* una orden ó una prohibicion. Guardémonos bien de estas indignas excusas, porque pueden acostumbrarnos al disimulo y la hipocresía, que son vicios odiosos.

Obedezcamos siempre franca, completa y alegremente. Asi quedará nuestra conciencia tranquila, y evitaremos los innumerables males que trae consigo infaliblemente la desobediencia.

B.

LATIN Y TRABAJO.

Juan Adams, segundo presidente de los Estados-Unidos del Norte de América, referia la siguiente anécdota:

«Siendo niño estudiaba gramática latina, pero tenia grande aversion al estudio porque era perezoso. Quiso enviarme mi padre al colegio hasta que la aprendiese, mas le repliqué que no me gustaba el estudio y me dedicase á otra ocupacion. No se hizo esperar mucho la respuesta. «Bien, Juan, me dijo: si no quieres dedicarte á la gramática, puedes tomar un azadon y cabar la tierra, lo cual, acaso, te guste mas: nuestros prados necesitan un cabador y puedes ejercer este oficio y dejar el latin.»

»Agradóme mucho este cambio y me dirigí contento al prado. Apenas empecé mi tarea, cuando ya conocí que este trabajo era mas duro que aprender latin, y la primera mañana me pareció la mas larga de mi vida. En este dia comí el pan del trabajo y estaba contento al llegar la tarde. Por la noche comparaba la gramática latina con el trabajo de aquel dia, pero no dije una palabra. A la mañana siguiente continué el trabajo, y hácia el medio dia hubiese vuelto de buena voluntad al estudio del latin, pero hubiera sido muy humillante y no estaba dispuesto á ello. La segunda noche el cansancio era mayor que el orgullo; y como era muy severa la prueba á que se me habia sometido, me decidí á proponer á mi padre, que si le parecia bien volveria á estudiar gramática. Accedió gustoso al instante, y cuando he ocupado en el mundo un lugar distinguido le he agradecido el trabajo penoso de aquellos dos dias en el prado.»

Conversacion acerca del Egipto.



Sentado bajo la copa de una robusta encina estaba hace pocos dias el jóven Ricardo acompañado con su hermano Telesforo. Acababan de oir una larga conversacion acerca del Egipto, y recordaban algunas ideas de esta manera.

«Aquí tengo las anotaciones que hice acerca de Egipto, ¿quieres que te las lea, Ricardo?»

—Con mucho gusto, replicó este.

—Empiezo, dijo entonces Telesforo. Estame atento.

«El Egipto es un pais [de misterios. Consignada está su gloria y sus trabajos en las primeras páginas de la historia del mundo; su situacion fisica presenta fenómenos singulares, y las ciencias han progresado de un modo rápido en este pais por siempre célebre.»

—Muy bien, querido, dijo entonces Ricardo, has sabido retener los principales rasgos con que inauguró Marcelo la memoria de su viaje á Egipto.

»Colocado entre Asia y Africa y en comunicacion fácil con la Europa por un mar de corta estension, parece naturalmente destinado á ser la cuna de la civilizacion.»

—Y efectivamente, continuó Ricardo, en el Egipto nacieron las ciencias y desde allí se esparcieron por la tierra sus primeros destellos.

»La organizacion moral y política de Egipto lleva impresa el sello del saber y la experiencia, los dos únicos medios de acercar las cosas á lo perfecto.»

»Pero antes de ocuparnos de tan interesante como útil asunto, pasemos la vista por su suelo y veamos qué aspecto fisico presenta.»

»El Egipto está dividido en tres grandes regiones: Egipto superior, *Said* ó *Tebaida*; Egipto medio, ó *Heptanómide*; bajo Egipto, ó *Delta*.»

»Dos cadenas de montañas ciñen el valle egipcio, exceptuando el Delta. La Arábica termina bruscamente en el Cairo; la otra al Norte. El Nilo, rio por siempre memorable, es el verdadero padre del Egipto, puesto que á él es deudor de su existencia y fertilidad. Las periódicas inundaciones de este rio singular son todavía un misterio, á pesar de las hipótesis de los sábios. Sin embargo, se cree generalmente que las lluvias periódicas de la Abisinia son la única causa de este fenómeno.»

Aquí se detuvo Telesforo un rato y luego continuó:

»Por lo que hace á lo pintoresco del Egipto, reasumiré lo que muy acertadamente nos dice Rozière. «Las cercanías de Liena y la catarata presentan un aspecto en gran manera pintoresco; pero el resto del

Egipto y especialmente el Delta, es de una monotonía de que se forma difícilmente idea. En efecto, los campos del Delta presentan tres cuadros diferentes, según las tres estaciones del año egipcio.»

»En el equinoccio de otoño figura el Delta una inmensa sábana de agua rojiza, de cuyo seno se elevan las palmeras, las ciudades y aldeas y algunos diques que sirven de comunicación. Al retirarse las aguas y hasta el fin de la estación, el suelo presenta un aspecto negro y fangoso.»

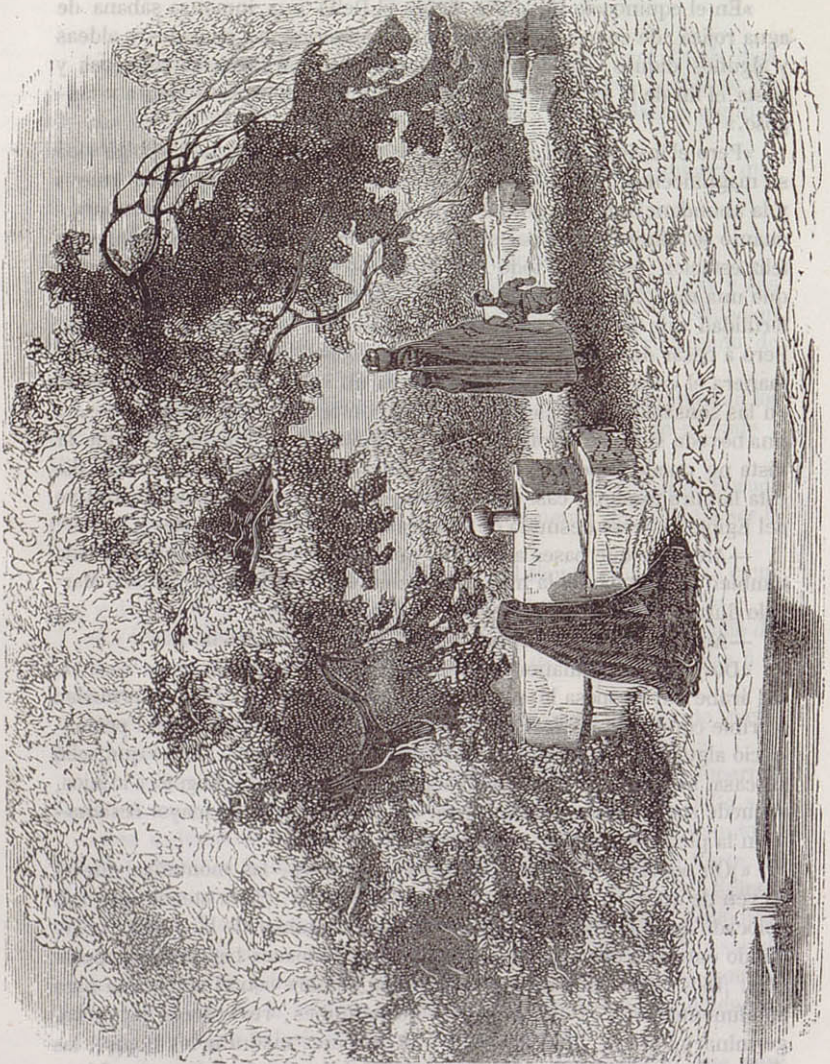
»Pero el invierno llega y entonces la naturaleza egipcia despliega toda su magnificencia. Entonces la frescura, la fuerza de la vegetación nueva y la abundancia de las producciones que cubren la tierra, sobrepaja á cuanto se admira en los países más fecundos del mundo. Durante esta feliz estación, el Egipto todo, desde el uno al otro extremo, no es más que una magnífica pradera, un campo de flores, un océano de espigas, fertilidad que hace un singular contraste con la aridez que le rodea. Pero á pesar de este rico espectáculo, la monotonía disminuye en gran manera el encanto; el alma experimenta un vacío por falta de variedad en las sensaciones. El cielo, no menos conforme que la tierra, presenta una bóveda siempre pura y diáfana, y la atmósfera una luz viva que la vista no puede soportar, y un sol ardiente abrasa durante todo el día esta llanura inmensa casi descubierta, porque es un carácter distintivo del Egipto el verse desnudo de sombras, sin estarlo de árboles.»

—Antes de que pases adelante, quisiera preguntarte si has anotado también el episodio de la mujer árabe en cuya casa estuvo alojado Marcelo durante su permanencia en el Cairo.

—Anotado le tengo, replicó Telesforo; y voy á leértela:

«Durante mi permanencia en el Cairo, estuve alojado en la casa de un árabe cuya esposa le amaba extraordinariamente. Una enfermedad terrible condujo á mi árabe al sepulcro. Su desconsolada esposa permaneció algún tiempo abismada en el más profundo dolor. Luego que salió de casa, su primera visita fue al sepulcro de su esposo. Seguila á lo lejos, y quedé sorprendido al oírla recitar en alta voz y con la mayor resignación la plegaria que voy á referiros.

«¡Oh poderoso Dios que has creado la tierra, las montañas que te sirven de apoyo y los siete cielos que las cubren! ¡Dios eterno que has colocado en el firmamento el astro del día y lumínar de la noche, colocando entre los dos océanos de agua dulce y amarga barreras insuperables! ¡Dios misericordioso que cercaste al hombre con el agua, que para su alimento haces brotar las lluvias de las nubes, reverdecer la yerba, germinar el grano, crecer la viña y la palmera, madurar los higos, las aceitunas y granadas, ten lástima de mi dolor y no permitas que blasfeme! ¡Alabanza á tí, Dios único é infinito! ¡Tú habías abierto á aquel á quien yo lloro el camino que conduce á la vida; habíasle concedido una



forma agradable, un talle delicado, el recogimiento del espíritu y la sobriedad de la palabra! Habíasele concedido también el oído y la vista, y aunque viviese entre perversos, tu divina doctrina no le ha hallado ni ciego ni incrédulo. Gustó de las palabras del profeta y de los dogmas del Corán, escrito maravilloso conservado en tablas. Fiel musulmán, no ha vivido con fausto en medio de su familia, ni ha hecho transgresión del divino precepto que prohíbe el asesinato; creyente virtuoso, no ha negado jamás la resurrección ni separado sus miradas de la vida futura; servidor del Misericordioso, seguía las inspiraciones del espíritu, y resistía las seducciones de Eblis. Prosternado por mañana y tarde y durante la noche, recitaba devotamente los más santos versículos de la *Evidencia*, cuya lectura proporciona la indulgencia y los favores del Señor. Ha deseado hijos que le inspirasen el temor de Dios, ha socorrido á su prójimo, protegido al huérfano, dado limosna al viajero y al pobre; no se ha permitido los desahogos prohibidos; durante los meses sagrados ha observado el ayuno del Ramadán, ha visitado los santos lugares y merecido la recompensa de su perseverancia en el cumplimiento de las promesas del Eterno.

¡Oh Dios! tú has hecho pasar al justo de la vida á la muerte: la paz sea con él. Hazle tan fresco y suave el sepulcro donde le has mandado bajar, que el día de la separación crea que solo ha permanecido allí una mañana; y cuando llegue el instante del testimonio, que su alma ligeramente conducida por los ángeles, vea el cuadro de la vida trazado en el libro Alin. ¡Oh Alá! concede á esta alma la vida futura, deliciosa y duradera; coloca el justo á quien yo lloro bajo odoríferas y frescas sombras bañadas con cristalinas y puras aguas; que beba en la copa de cristal el vino perfumado de almizcle con agua del Tesnina, cuyo precioso manantial corre cerca del sublime trono del Eterno. ¡Ojalá la mirada del justo goce eternamente de tu reino encantador, oh Alá! ¡Ojalá el justo vea sin cesar el manantial de la dicha, y que mi corazón conserve el recuerdo de sus virtudes! ¡Oh Señor de los hombres, Rey de los hombres, Dios de los hombres!»

—La plegaria que acabas de referir, dijo entonces Ricardo, es notable por más de un concepto. Ella revela todas las preocupaciones y supersticiosas creencias de los musulmanes, y la mezcla de errores y verdades con que el falso profeta Mahoma ha sabido alucinar á los incautos. Al propio tiempo no puede uno dejar de admirar los puros sentimientos de la mujer que la profería y su confianza absoluta en la voluntad divina. Esta mujer merecía ser cristiana.

—Y lo es hoy, replicó Telesforo. La hermosa María, mujer de Marcelo, es la viuda árabe á quien ha convertido el mismo, según nos ha referido, con el auxilio de un buen religioso que habitaba el Cairo.

T.

LA GRUTA DEL PERRO,

cerca de Nápoles.

La Gruta del Perro, en italiano *Grotta del Cane*, llámase así por la prueba que se hace de sus exhalaciones en un perro para satisfacer la curiosidad de los viajeros. Esta gruta se halla en Italia en las cercanías de Nápoles. Tiene unos ocho pies de altura, por doce de largo y seis de ancho. En el fondo se eleva un vapor caliente, ténue, sutil, que se percibe á simple vista (gas ácido carbónico). Elevándose este vapor cubre la superficie del fondo de la gruta; y es notable que no se dispersa en el aire, sino que desciende un momento despues de haberse elevado. Si se introduce una antorcha encendida y se baja gradualmente hácia tierra, va apagándose á medida que desciende, y el humo, que naturalmente debería elevarse, se extiende por el suelo y sale pronto al aire libre por la abertura.

El doctor Mend ha experimentado por sí mismo que puede permanecer de pié en esta gruta sin advertir incomodidad alguna, mientras la cabeza está á una altura superior á la que se elevan los vapores. Mas no sucede lo mismo cuando se sumerge en ellos la cabeza. El hombre que guarda las llaves de la gruta hace la experiencia en un perro acostumbrado ya á ello. Se echa en tierra el animal dentro de la gruta; al cabo de treinta segundos parece estar muerto; despues de un minuto experimentan sus miembros una especie de movimiento convulsivo, y luego no conserva otra señal de vida que un latido casi insensible del corazón y las arterias, á que seguiria pronto la muerte si permaneciese dos ó tres minutos mas en aquel lugar. Despues de esta prueba, se le saca de la gruta, y recobra sus sentidos al momento que se le sumerge en el lago Agnano que está próximo, ó que se le recuesta en la yerba.



EJERCICIOS.**EXPLICACION DE LOS DEL MES DE SETIEMBRE.****PROBLEMA DE ARITMÉTICA.****SOLUCION.**

Minutos.

Tres jornaleros han perdido 25 minutos cada uno durante 170 dias, que hace una pérdida total de.	12,750
Dos jornaleros han perdido 80 minutos cada uno durante los mismos 170 dias, que hace una pérdida total de.	27,200
Total de las pérdidas.	39,950

Si un dia de 10 horas ó de 600 minutos se paga con 5 rs., el tiempo de 39,950 minutos valdrá 332 rs. 31 mrs., pérdida que habrá sufrido el labrador.

NIÑOS QUE HAN EJECUTADO LOS EJERCICIOS.**ANÁLISIS.**

D. Francisco Sebastian, del Arrabal de Teruel.

ARITMÉTICA.

D. Cayetano Ruiz, de Alcolea.

ANÁLISIS Y ARITMÉTICA.

D. Enrique Medrano Diez, D. Tomás Bueno Moro, D. Eduardo Gu-
tierrez Matallana y D. Braulio Lobo Ligero, de Mota del Marqués; D. Si-
mon Vila y Roune, de Calonge; D. Nicolás María Berrio, D. Narciso
Dalman y D. Agustin Sardá, de Montroig; D. Marcelino A. Vidal y Sei-
jas Prado, de Sarriá; D. Vicente Rodas y Calell, de San Feliu, D. Marce-
lino Viced y Maña, del Arrabal de Teruel.

NIÑOS PREMIADOS EN LOS EXÁMENES.**RIPOLL.**

Escuela del Sr. Suñé y Solnernon.

D. Eulalio Puig, D. Marcelino Torrentó, D. Deodato Carreras, D. Juan
Duran, D. Mariano Carbonell, D. Eudaldo Bruch, D. Juan Orriols.

VIGO.

Escuela del Sr. Oya y Caballero.

D. Manuel Canoa y Araujo, D. Juan Vicente y Cobas, D. Manuel Ri-
vas y Perez, D. Manuel Patiño y Rodriguez, D. Juan Antonio Piñeyro;
D. Manuel Maestú y Sequeiros, D. Santiago Vazquez y Fernandez, don
José Calvo y Fernandez, D. Ramon Lameyro y Sarachy, D. Andrés Llau-

ger y Martinez, D. José Benito Ternaz, D. Fructuoso Perez y Martin, don Cándido Guerrero y Perez, D. Antonio Primo y Cobelo, D. Casto Gonzalez Tizon, D. Manuel E. Davaliña, D. Marcelino Dalmao, D. Ricardo Blanco y Pereyra, D. Victoriano Balles, D. Victoriano Rial y Millos, D. Belarmino Sobral, D. Ramon V. Fernandez, D. Emilio Nogueyra, D. Joaquin Patiño y Rodriguez, D. Carlos Calbo y Fernandez, D. José Silva y Riobó, D. José Jimenez y Balles.

ZUJAR.

Escuela del Sr. Perez García.

D. Serapio Martinez Hortal, D. Antonio Montoya Pelaez, D. Sebastian Perez Tello, D. Ramon Salas Sanchez, D. Francisco Hortal Martinez, D. José García Martos, D. Felipe de la Torre Martinez, D. Agustin Rodriguez Gamez, D. Juan Fernandez Otortal, D. José de la Torre Arredondo, D. Francisco Hortal Sanchez, D. Felipe Rull, D. José María Fernandez Hortal, D. Matías Ruiz Arredondo, D. José Rodriguez Arredondo, D. Benito José Montoya, D. José Manuel Martinez Fernandez, D. José Heredia Ruiz, D. Fermin Antonio Salas, D. Juan Noguera Fernandez, D. Juan Fernandez Arredondo, D. Francisco Fernandez Hortal, don Francisco de la Torre Marin, D. José María Ruiz, D. Emilio Rull, D. Antonio Marin Gamez, D. Mariano Arredondo Hortal, D. Francisco Leon Cifuentes, D. Fernando Cural Navas, D. Fernando Rull, D. Felipe Sanchez Burruezo, D. Juan José Hortal Sanchez, D. Antonio Montoya Arredondo, D. Antonio Heredia García.

REUS.

Escuela del Sr. García.

D. Andrés Llauradó, D. Sixto Pons, D. José Gaset, D. Juan Guasch, D. Estéban Bonet, D. Juan de Barberá y Amfres, D. Agustin Simó, don José Cabré, D. Ricardo de Barbará, D. Demetrio Gil, D. Alejandro Nicolau, D. Tomas Sucona, D. Arturo Guasch, D. Pedro Batlle, D. José Sardá, D. Meliton Vergés, D. Juan de Barberá, D. José Meix, D. Manuel Marturell, D. José Monlleó, D. Enrique Casa-mayor, D. Eusebio Prieto, D. Antonio Arandes, D. Federico Ballesté, D. Ventura Estapá, D. Francisco Ferré, D. Eduardo Lopez, D. Federico Lanzaco, D. Pablo Calbet, D. Tomas Amar, D. Pedro Miró, D. José María Marturell, D. José María Vilá, D. Eduardo Miró, D. José Demestre, D. Celestino Fábregas, D. Agustin de Miró y de Ortafá, D. Francisco Bartrina, D. Pablo Serra, D. Estanislao Palaja y D. Eugenio Sociats.

SUMARIO. El maestro Fr. Luis Ponce de Leon.—Gibraltar.—Un héroe.—Isla Naalsøe (de la Aguja).—Temor filial; sumision; obediencia.—Latin y trabajo.—El coloso de Rodas.—Cuidado de los animales.—Conversacion acerca del Egipto.—La gruta del perro.—Ejercicios.

Madrid: 1851.—Imp. de A. Vicente. Lavapies, 40.